

Luchar y Amar

Jacob: el padre

Anselm Grün



Jacob: el padre

Jacob fue un típico hijo de mamá. ¿Cómo puede un hijo de mamá llegar a ser padre? La Biblia nos habla del desarrollo y del camino recorrido por Jacob, mostrándonos cómo fue madurando desde el papel de un hombre avisado y con éxito hasta el papel de padre. En el camino se encontró con sombras. El primer paso en ese camino fue la salida del seno materno. Jacob huye de su hermano. Huye en última instancia de su sombra. Pero esta huida le libera también de la vinculación con la madre y le conduce en definitiva hacia sí mismo y hacia su propia verdad.

En la huida, Jacob tiene una experiencia de Dios decisiva para él. En sueños ve una escalera que llega hasta el cielo, por la que subía y bajaba el ángel del Señor. Arriba se halla Dios, que le asegura una vida con éxito: «Yo estoy contigo; te protegeré adondequiera que vayas y haré que vuelvas a esta tierra, porque no te abandonaré hasta que haya cumplido lo que te he prometido» (Gen 28,15). Jacob se encuentra aquí por primera vez con su inconsciente. Intuye que en la vida hay algo más que batirse con la fuerza de la razón. En la profundidad de su corazón, Dios le habla y le bendice.

Esta experiencia de un Dios que bendice es el primer paso del camino a recorrer por Jacob. Ahora reconoce que no todo depende de él, de su voluntad y de su habilidad. El éxito en la vida depende de la bendición de Dios. Si se abandona a la voluntad de Dios, encontrará su camino.

Cuando Jacob, después de catorce años de servicio en casa de Labán, retorna al hogar con sus dos mujeres, sus hijos y todas sus posesiones, se le hace saber que su hermano Esaú se había puesto en camino para salir a su encuentro. Piensa que deberá hacer frente a su sombra. Le entra miedo y planea congraciarse con su hermano por medio de regalos. Pero fueron inútiles todos los intentos humanos de vencer el resentimiento del hermano a base de regalos, porque Jacob no tendría que enfrentarse ya con su propia sombra. Esto había tenido lugar en la singular escena de la lucha nocturna, mano a mano, con un hombre misterioso (Gen 32,23-33). Jacob no puede esquivar aquella lucha. Se ve obligado a afrontar su propia verdad. Lleva por ello a sus mujeres e hijos y todas sus posesiones más allá del vado de Jacob. «Cuando Jacob se quedó solo, un hombre luchó con él hasta el amanecer. Viendo el hombre que no le podía, le tocó en la articulación del muslo, y se la descoyuntó durante la lucha. Y el hombre le dijo: Suéltame, que ya despunta la aurora. Jacob dijo: No te soltaré hasta que no me bendigas» (Gen 32,25-27). Es una lucha a vida o muerte. Jacob no puede evitarla. La afronta y recibe del hombre misterioso, tan adversario al inicio, la bendición que le capacita para ir sin miedo al encuentro de su hermano.

Los hombres que piensan salir airoso sin luchar se quedan estancados en su camino de maduración. La vida es una lucha. Cada cual se encuentra con su propia sombra en el camino de su realización como hombre, y encontrarse con la sombra no es ningún placer. Los cuentos nos narran con toda seriedad que en esta lucha está siempre en juego la vida y la muerte. Y al principio no se da por hecho en absoluto que la victoria sea del héroe protagonista. Tampoco Jacob sale vencedor. Pero su adversario se le da a conocer como ángel de Dios. En este misterioso ángel bendice Dios a Jacob y le da un nombre nuevo: ya no se llamará Jacob (embustero), sino Israel (el que lucha con Dios). En su sombra, Jacob es bendecido por el

Luchar y Amar

Jacob: el padre

Anselm Grün



mismo Dios. Pero la sombra le ha herido también: él cojea por el golpe recibido en el muslo. Tiene que caminar por la vida con más lentitud y cautela. No puede ya realizar todo lo que quisiera. Tiene que dejar hacer. Precisamente como luchador herido entrará Jacob a formar parte de los patriarcas de Israel. Es evidente que nadie puede llegar a ser verdaderamente padre si previamente no ha luchado consigo mismo y con su sombra. Quien piense que puede ir por la vida sin despeinarse, sin hacer frente a su sombra, proyectará esa sombra como padre sobre sus hijos e hijas. Será incapaz de ver a sus hijos tal como realmente son. Los verá, por el contrario, con las lentes deformantes de sus necesidades y sus pasiones. He tenido la ocasión de hablar con muchos hombres que, lejos de ser apoyados por sus padres, se han visto debilitados por ellos. El padre veía en ellos todo lo que él no podía aceptar de sí mismo, todo lo que él se había prohibido a sí mismo. Y en lugar de luchar consigo mismo, luchaba con el hijo desfigurado. Su lucha no podía ser fuente de bendición, sino de maldición. No estaba al servicio de la vida, sino de la muerte. Hijos y padres que han escamoteado su parte sombría difícilmente pueden desarrollar una positiva masculinidad. O desactivan violentamente su odio hacia el padre, o actúan condicionados continuamente por sus propias debilidades. Nunca logran ponerse en pie y son incapaces de afrontar la vida con todos sus desafíos.

En Jacob nos muestra la Biblia que hay dos maneras de salir al paso de la propia sombra. La primera es la de luchar con la sombra. La segunda consiste en postrarse humildemente ante la sombra y acatarla. Cuando Jacob se encuentra con su hermano Esaú, se postra ante él siete veces consecutivas. Entonces corre Esaú hacia él, lo abraza y lo besa. Lloran juntos los dos. Y Jacob exclama: «Me he presentado ante ti como uno se presenta ante Dios, y tú me has recibido bien» (Gen 33,10). Es significativo que, en las dos maneras del encuentro con la sombra, se reconoce siempre a Dios en la sombra. Tanto en la lucha como en la postración ante la sombra, Jacob intuye que es el Dios misterioso el que en la oscuridad sale a su encuentro. En última instancia, no se trata de una mera «construcción psicológica» de la sombra, sino de otra imagen de Dios. Quien sale al encuentro de su propia sombra no se dará por satisfecho con una imagen pulida e inofensiva de Dios. Para muchos hombres Dios les resulta aburrido porque hemos hecho una presentación demasiado bonita y amable de él. La Biblia nos remite a un Dios que habla a lo más profundo del alma humana, que toca también al hombre en su disponibilidad para luchar. Son muchos los hombres que no se interesan por los caminos espirituales porque esos caminos les resultan demasiado apacibles y no encuentran correspondencia en su parte belicosa. Dios sale a nuestro encuentro no sólo en la luz, sino también en la tiniebla; no sólo en el descanso, sino también en la lucha. Dios no es sólo un Dios tierno y cariñoso; es también un Dios que agarra y hiere. Quien se adentra en esta lucha, aun a riesgo de quedar herido, llegará a ser realmente hombre. Y -como nos muestra Jacob- llegará a ser igualmente padre, no sólo en sentido biológico, sino también espiritual. De ahí que los padres del desierto vieran en Jacob su arquetipo. Como Jacob, ellos lucharon con la sombra, con los demonios, y los mantuvieron a raya.

Una gran tentación para el hombre de hoy es precisamente la de confiar sólo en su razón y su voluntad, dejando de lado todo lo que surge de la profundidad de su inconsciente. Con frecuencia obtiene de este modo buenos resultados. Pero el triunfo puede ser también un fracaso. El que triunfa no siente la necesidad de enfrentarse con su sombra. C. G. Jung dice que el gran enemigo de la conversión es una vida llena de éxitos. Quien siempre triunfa cree que su vida está en orden. Ya que a la mujer le corresponde ser la sombra del hombre, este se defiende de ella. No entiende en absoluto lo que piensa su mujer. Si ella tiene problemas, él no. Para él todo va sobre ruedas. Pero la reacción agresiva de los hombres frente a las

Luchar y Amar

Jacob: el padre

Anselm Grün



observaciones críticas de la mujer muestran que ellos no están tan seguros como aparentan. Tienen un miedo irremediable a que alguien pueda raspar el barniz de su imagen exitosa. Llega un momento en que ya no basta la vieja estrategia. La razón, con su astucia, deja de ayudar cuando los hijos toman su propio rumbo, cuando el cuerpo enferma o cuando la *psique* no colabora, quedando por ejemplo perturbado el sueño o sobreviniendo ataques de pánico.

Mediante el encuentro con las sombras, Jacob se capacita para ser padre. El figura entre los patriarcas de Israel. La Biblia no nos dice demasiado sobre cómo llega Jacob a ser padre. Cuando él trabaja en la casa de Labán, se tiene la impresión de que sus mujeres quieren tener, a ser posible, muchos hijos. Raquel dice a Jacob:

«Si no me das hijos, me muero» (Gen 30,1). Jacob está allí para tener hijos e hijas con sus dos mujeres y sus criadas. Pero de sus sentimientos paternos no se dice nada. Sólo respecto a los dos últimos de sus doce hijos, nacidos ambos ya en su ancianidad, se habla de que los amaba: «Israel amaba a José más que a los demás hijos, porque le había tenido siendo ya viejo» (Gen 37,3). Esta predilección de Israel por José hace que surja el odio de sus hermanos. Deciden acabar con él. Después de lo que la Biblia nos dice aquí, no se puede hablar ya de un idilio de padre. Israel (Jacob) tiene que pasar más bien por experiencias dolorosas para llegar a ser padre de todos sus hijos y fuente de bendición para todos ellos. José es vendido a Egipto. Y a Benjamín, el hijo más pequeño, tiene que dejarlo marchar para que fuera con los demás hermanos a Egipto. Sólo cuando los hermanos se han reconciliado con José, llega a ser también Israel padre del mismo modo para todos.

Desde la psicología, el padre es aquí el que apoya a los hijos, el que los defiende, para que afronten su vida y la tomen en sus manos. El padre no retiene a sus hijos junto a él, sino que los envía al mundo, para que vivan su propia vida. Pero está con ellos cuando le necesitan. A él pueden retornar. En él pueden confiar. Nunca deja de estar detrás de ellos cuando cometen algún error, y los protege en todo momento. Está detrás de ellos cuando se ven atacados. Es una fuente de energía masculina para sus hijos. Muchos hijos echan hoy en falta la presencia del padre. Sin él no pueden desarrollar la propia identidad masculina. Con bastante frecuencia chocan con el padre y se rebelan contra él, bien por ser demasiado duro para ellos, bien por exigirles demasiada obediencia o bien por excederse en sus expectativas. Pero también esta rebelión forma parte del proceso para llegar a ser hombres. Sólo cuando yo consigo distanciarme del padre, puedo descubrir las raíces positivas que en él tengo.

Yo estoy agradecido a la experiencia vivida con mi padre. Mi padre perdió muy pronto a sus padres. Creció en la región del Ruhr y trabajó en las oficinas de una mina. Por negarse a trabajar en los días de fiesta para los católicos, se marchó a Munich sin ningún seguro. No disponía de dinero. Pero resistió y consiguió abrir un negocio. Cuando él hablaba de esto, siempre me estremecía. Después de su muerte, mi hermana encontró su diario durante los primeros años en Munich, a partir de 1923. Cuando yo lo leí, pude observar con qué esfuerzo y con cuántas frustraciones tuvo que buscar él su camino. Como padre, siempre estaba presente.

Tenía el negocio en la casa en que vivíamos. En todas las comidas, por tanto, estaba allí. Cuando jugábamos al fútbol con los muchachos vecinos y nos peleábamos, en cuanto veía que habíamos perdido salía él de su despacho. No nos regañaba a todos a la vez, sino que nos mandaba ponernos en dos filas. Entonces nos soltaba una arenga sobre el auténtico espíritu deportivo. Teníamos que darnos todos la mano y decir: ¡Hip, hip, hurra! La mayoría de las veces esto era tan gracioso que no podíamos menos que echarnos todos a reír. De este modo se zanjaba el asunto. Hoy apenas hay padres que se preocupen de las disputas de los hijos.

Luchar y Amar

Jacob: el padre

Anselm Grün



Dejan en manos de la madre las cuestiones espinosas y se vuelven a su trabajo. Cuando yo echo la vista atrás, agradezco que mi padre se preocupara de nosotros y de nuestras contiendas, sin moralizar y sin regañar. El las aprovechaba más bien para enseñarnos que un hombre deportista tiene que aprender también a perder y, a pesar de todo, a mantener la compostura.

Puesto que mi padre tuvo que luchar por sí mismo en la vida, él nos apoyaba en cualquier tarea que emprendiéramos. No tenía nunca miedo de que, con nuestras bicicletas y nuestras tiendas, nos marcháramos a pasar dos semanas por los Alpes. Siempre que teníamos algún proyecto, él lo apoyaba. Nunca se oponía a ellos o manifestaba sus reparos. Al contrario, se sentía orgulloso de que emprendiéramos algo y de que se nos ocurriera algo que a otros les parecía una quimera. Siendo niño, yo tuve una ocurrencia descabellada. Con siete años construí con mis hermanos una pecera en el jardín. Puesto que en el invierno allí no habrían sobrevivido los peces, los trasladé a nuestra bañera. Nadie de la familia pudo bañarse durante semanas. Yo me maravillo todavía hoy de que mi padre mostrara comprensión por aquella ocurrencia. Excepto mis hermanos mayores, nadie protestó. Durante la primera guerra mundial, mi padre fue marino, y siempre le entusiasmó que nosotros pescáramos en un pozo y lleváramos después los peces a la pecera.

En otra ocasión hice un banco con tablas que había encontrado en alguna parte. Cuando estuvo terminado, fui todo orgulloso a enseñárselo a mi padre. El se sentó, y el banco se hizo trizas. Todos soltamos una gran carcajada. El primer intento había sido fallido. Pero esto no me impidió llevar a cabo otras ideas. Un padre que apoya a sus hijos promueve su creatividad y sus ganas de vivir. Nosotros nunca pudimos aburrirnos. Nunca nos faltaron ideas sobre cómo jugar o sobre qué acometer. Si más tarde, en la pubertad, discutíamos con él y discrepábamos en nuestra manera de pensar, nunca se aferró tozudamente a su opinión. Si lográbamos acorralarlo con nuestros argumentos, él se echaba sencillamente a reír. De este modo, la discusión se distendía y acababa sin que hubiera habido un perdedor. Tampoco nosotros tomábamos entonces nuestros argumentos tan brutalmente en serio.

Como todo arquetipo, la imagen del padre irradia una gran fuerza, pero encierra también sus peligros. Quien, como padre, no deja libres a sus hijos, quien ejerce un estilo de gobierno patriarcal y piensa que puede determinarlo todo, está falseando la verdadera imagen de padre. La confunde con la infalibilidad y con un gobierno autoritario. Autoritario es aquel que carece de espina dorsal. Receloso instintivamente de toda clase de conflictos, se ve obligado a aporrear continuamente la mesa y a demostrar su autoridad. Pero esto no es ser hombres; esto es una caricatura de la masculinidad. Detrás de una actitud así se deja percibir el miedo a ser destronado y a verse cuestionado en su infalibilidad. Los hombres que no han tenido ninguna experiencia positiva de padre son siempre desconfiados y piensan que tienen que estar imponiéndose en todo momento. Incapaces de descansar, han de permanecer incesantemente activos para probar la fuerza masculina que en ellos se encierra. Pero esta fuerza, sin una buena experiencia de padre, obra casi siempre de manera destructiva. Al ser una fuerza narcisista, está incapacitada para construir. No se trata de tener ganas de hacer cosas, sino de un impulso que lleva a tener que mostrarse eficiente para ser considerado finalmente como padre. En la política es fácil percibir que un hombre así resulta devastador. Se necesita todo un pueblo para salir al paso de sus heridas paternas.

A la realización de la identidad masculina pertenece la paternidad, sea la paternidad biológica del que engendra hijos e hijas o sea solamente la paternidad espiritual. Ser padre significa apoyar a otros, transmitirles las ganas de vivir, darles seguridad, de modo que

Luchar y Amar



Jacob: el padre

Anselm Grün

puedan tomar con audacia las riendas de su propia vida. Junto al padre, los hijos e hijas se arriesgan a cometer también errores. Saben que el padre no los dejará solos. A él deben dirigirse también ellos cuando se extravíen. El padre no amarra. Deja en libertad a los hijos, pero sin separarse de ellos. Los hijos saben que siempre pueden recurrir a él para encontrar cobijo, ayuda y consuelo.

Muchos hombres entregados exclusivamente a su profesión renuncian a su papel de padres. Son capaces, sin duda, de dirigir su empresa, pero no de dirigir a sus hijos. En la confrontación con sus hijos, los hombres perciben que no se pueden esconder detrás de su trabajo. Los hijos les hacen recordar sus partes sombrías. Lejos de admirarlos por sus éxitos en los negocios, los desafían como hombres y como padres. Padre es solamente aquel que deja que sus hijos le indiquen sus propias sombras. Reconocer las propias debilidades y sombras es el presupuesto para mostrar a los hijos verdadera cercanía y para poder ayudarlos en sus eventuales fracasos. Muchos hombres piensan que en su vida familiar tienen que aplicar la misma receta que les ha llevado al éxito en su mundo laboral. Pero esto no funciona. En la empresa se pide rapidez. La familia, sin embargo, espera que el padre tenga tiempo para ella. Me contaba un empresario que él mandaba demasiado en casa durante el poco tiempo que pasaba con los hijos. Pensaba que tenía que aprovechar el tiempo de la manera más eficaz posible y lo hacía emprendiendo muchas cosas con los hijos. Pero no era esto en absoluto lo que ellos querían. Ellos querían sencillamente que el padre estuviera allí, que jugara con ellos, que tuviera tiempo para ellos. No querían que los utilizara como obreros, sino que los tomara en serio como hijos.

En nuestro tiempo son especialmente necesarios hombres que entren en contacto con su paternidad. Ya Alexander Mitscherlich habló de la sociedad sin padre en los años sesenta del siglo pasado. Eran entonces muchos los padres que habían muerto en la guerra. Pero también hoy siguen hablando los psicólogos de carencia de padres. Muchos padres están ahora, igual que antes, ausentes de la educación. No se preocupan de apoyar a sus hijos. Se enfadan porque sus hijos se desarrollan de manera diferente a como ellos se habían imaginado. Prefieren confiar su educación a las madres. No quieren enfrentarse constantemente con sus hijos. Pero estos necesitan de la energía del padre para poder crecer. Los hijos quieren ver al hombre que lucha con ellos, y no al hombre de negocios que gasta sus energías sólo hacia fuera y que dentro de la familia busca únicamente descansar.

No sólo la familia necesita del padre; también lo necesita la sociedad. El padre no está ahí sólo para los hijos. Asume también una responsabilidad para con aquellos que se han quedado demasiado cortos, que se sienten huérfanos y abandonados, que se encuentran marginados de la sociedad. Padre es el que se mantiene firme cuando en la familia algo se tuerce. No rehúsa la responsabilidad. Se pone al frente de su familia. Se pone al frente de hombres que por sí solos no tienen resistencia alguna. Muchos sacerdotes asumen este papel de «padres» respecto a otros hombres. No es por casualidad que reciban el título de «padres» (del latín *pater*) los sacerdotes de una Orden religiosa. Ellos se convierten en padres para hombres que carecen de brújula. Los acompañan en su camino. Les prestan apoyo, sin pretender subyugarlos. Yo experimento hoy una gran sed de padres en los que se pueda confiar. A veces resulta tan grande esa sed que parece imposible de saciar. Pero en ella yo entreveo la ausencia de una verdadera experiencia paterna y, a la vez, el deseo de poder apoyarse en los padres. Por desgracia, estos hombres sin padre caen con frecuencia en manos de hombres que les proponen ser padres para ellos, pero que en realidad no llegan nunca a serlo. Los hacen sus vasallos y los manipulan, en lugar de ayudarles a encontrar su propio camino y a entrar en

Luchar y Amar

Jacob: el padre

Anselm Grün

contacto con sus energías masculinas. Resumiendo, se puede decir que dos son las actitudes características del padre: determinación y magnanimidad. Los padres actúan cuando la situación lo exige. Toman decisiones, en lugar de esquivar todos los problemas. En muchas empresas, gremios y grupos faltan hoy hombres-padres que se mantengan firmes, que asuman responsabilidades y que tomen decisiones. Abundan, por el contrario, los que evitan cualquier decisión por miedo a cometer un error. De estos, sin embargo, no puede salir nada nuevo. Temen los conflictos y no aportan nada al esclarecimiento de la situación. La otra actitud característica es la magnanimidad. Los padres no son apocados y timoratos. Tienen un corazón grande. Creen en la capacidad de los hijos o de aquellos que los acompañan. Estos padres, con un corazón grande, son los que necesita nuestro tiempo. Yo estoy agradecido de haber tenido un padre así.

